"DONDE DA LA VUELTA EL AIRE"

Unamuno en el campo de Castilla, metafísica del 98, autodialoga sobre patria, paisaje, fraternidad, conciencia, idiomática, Dios, Cristo agonista, sufrimiento, amor, soledad, angustia y hombredad

EN OLOR DE ACTUALIDAD, POR PERENNE

BUENA norma parece atenerse a conmemorar la fecha de la muerte y no la del nacimiento de la gente de pro. Así lo hace la Iglesia, por entender que es aquélla la del nacimiento a la vida verdadera, y así debiéramos los demás, puesto que allí se marca el final de una obra y, si se apura, también el arranque de la vida tercera: la de la fama, que en definitiva es causa del afán conmemorativo, sobrentendiéndose un propósito ejemplar. Propósito y afán que suelen salir mancos cuando nos emperramos en una y otra efemérides y se multiplican los centenarios de un mismo personaje (en mi generación llevamos ya dos de Góngora y de Lope), los sesquicentenarios incluso, y las bodas de oro y las de plata, del autor y de cada una de sus obras, olvidando que pocos valores son tan recios que en todo tiempo suenen a igual excelencia. Y el riesgo sube de punto cuando ese centenario es el primero, entiende del nacimiento, y el conmemorado nos dejó como quien dice anteayer: un anteayer en que nuestros gustos y problemática no eran forzosamente los que hogaño nos arropan o acosan, y en ningún caso los de los señores de la hora. Ruptura que es tanto más candente en ésta de hoy, cuanto nosotros, y el mundo entero, merced a guerra y revolución andamos caminos tan distintos a los que recorríamos, tan contrarios a los que fueron de los claros varones que ahora cumplirían los cien años.

Unamuno y sus coetáneos

Sucede así que los que entonces, con sus escritos y de más o menos cerca, tomáramos por nuestros incitadores y guías (Ors en algún respecto y Ortega en los más, Azorín en la exactitud y penetración, Jiménez en poesía) tras la gran revuelta del lote de camino que nos tocara se nos quedaban un tanto marginales, siempre de gratísima lectura —como la de un clásico— pero no ya, si acertara a explicarlo, normativos. Sin duda, con Azorín entramos en nuestros clásicos y entendimos la propiedad idiomática, Ors fue la ventana a la curiosidad intelectual y a la aventura de las síntesis culturales, Ortega el ensamble con Europa y donde formamos nuestra prosa. Pero reconozcamos que, eclipse parcial cuanto se quiera, nada de eso ha contado para las promociones actuales. Tampoco Juan Ramón. Y en cambio, aquel Antonio Machado que entonces parecía un como rezagado del Modernismo, de palabra y forma pobres a puro sencillas, prosásticamente campoamorino en ocasiones, poeta respetable siempre pero nada seguido; aquel don Miguel de Unamuno, abrupto, paradójico y danzante, cuyo continuo afán de protagonizar la vida nacional apenas permitía, a los aprendices que éramos, encararnos con su obra —aunque él nos enseñó a infundir toda su carga al vocablo—, viviendo más que el escritor el personaje Unamuno: en cambio, repito, el vasco de Salamanca y el andaluz de Soria iban a resultar, la guerra mediando, los dos grandes escritores de su tiempo y con un relieve, significación e influjo en continuo aumento, y no sólo en España. Merced primordialmente a la aplicación y entrega —dígase ya— de nuestra mismo generación, la de la República (que no forzosamente republicana): los Ridruejo, Panero, Clavería, Vivanco, García Blanco, Torrente y quien más pongan. Y en pos de éstos, tras los que unamunianamente creen que para ser fiel a los demás hay que empezar por ser fiel a sí mismo, los otros, los del empeño social, los que piensan que hay que empezar por ser fiel a una Causa. Que son dos maneras —bien que lo apuntó Vivanco— del planteamiento existencial de las letras.

Creciente vigencia de una lección

En este punto, a explicar, no el reverdecimiento de unos laureles que nunca se marchitaron, sino la creciente vigencia, la rabiosa actualidad de la lección de Machado y Unamuno, cada cual por su respecto, cuenta innegablemente el duro trance de la guerra, de aquí y del mundo. Que, en lo material, valió para cargar el acento en el Machado de Mairena y Abel Martín, quiero decir el teorizador y moralista. Y en el Unamuno poeta (avances del «Cancionero» dispensados en 1938 por su yerno, Quiroga Pla; la primera antología de Unamuno, 1952, por Vivanco; la publicación íntegra, y trascendental, del citado «Cancionero», 1953, por Onís), con la revalorización del dramaturgo. Cuentan la guerra e implicaciones ulteriores, porque a los escritores volvieron a sumir, *velis nolis*, en las dimensiones históricas cortándoles de experimentaciones y purismos. Y porque junto a la Historia, los tiempos mostraban con toda evidencia la intrahistoria, la que para Unamuno es «la historia misma, su entraña». Patria y paisaje, fraternidad, conciencia idiomática, Dios, Cristo agonista, sufrimiento y amor, soledad, angustia, hombredad, con los demás temas de su filosofía y su continuo autodialogar, son los que a don Miguel aseguran audiencia día a día creciente.

Tensión constante entre la razón y la fe

Son también los que, conforme la lección de la obra desdibuja lo pintoresco —y acaso antipático— del personaje, van haciendo caer en la cuenta de que no los «tenorios de las ideas» y quienes hablaban de europeizar el pensamiento español desde las vertientes del historicismo, eran los modernos; ni los pedagogos, sociólogos y psicólogos cientifistas los humanos, pues que la frialdad de sus métodos no permitiría formar un hombre ni aún conocerlo. Al paso que, el acrecido sentido dramático de nuestra época revolucionaria y la íntima convicción de que la realidad última del universo se halla en el interior del hombre, es el hombre mismo, y no lo es de veras quien de algún modo no sienta el peso de lo eterno, hacen hoy patente que no otro que Unamuno, tan metido en la intrahistoria, tan fuera del tiempo: el «morabito» de Ortega fue el que dos años antes de la guerra europea, en plena «belle époque», con el «Sentimiento trágico de la vida» anunciaba ésta de hoy. El Unamuno que abominaba de las traducciones y leía en quince lenguas (aprendiendo el alemán en Hegel, el danés para gustar de Kirkegaard), si amante de la vida provinciana y poco dado a los viajes extra frontera, ése era el europeo y ecuménico, por rabiosamente español. El —que no los que pasaban entonces por mentores—, quien conocía la realidad contemporánea como nadie en su tiempo (y aquí la anécdota del gran teólogo Karl Barth, a quien su compatriota Keyserling conoció, año de 1925, por referencias y consejo de Unamuno, en su exilio de Hendaya). Y desde entonces, muy pocos acertarían a expresar tan dramáticamente el sentimiento de la angustia, la tensión constante entre la razón y la fe, nuestra propia contradicción existencial.

Evidente condición literaria de una obra

Quede para otros entrar en predios filosóficos y lamentar o no la carencia de un sistema unamuniano. Importa aquí el *escritor*, y la evidente condición literaria de toda su obra en cualquiera de sus géneros de expresión —que los tocó todos, sin respetar ninguno—, que es decir en las cien formas de su lucha, de su dialogar, por paradojas que no por sofismas. De su infatigable empeño monologal y agónico. Señor del ensayo, y definitivo introductor del género en el quehacer literario de España, principalmente del ensayo en los periódicos, Unamuno ha sido el más generoso suscitador de ideas, con encontrados pareceres y confesadas contradicciones, en prenda de la libertad del pensar y de las limitaciones de nuestra condición. Ensayista en cuanto al discurso, pero riguroso en punto a la propiedad verbal, a examinar por fuera y por dentro y revestir de toda su intención el vocablo. Hasta retorcer —casi una pirueta ramoniana— la frase. Dicen que por filólogo, que no por artista; por ver el mundo desde los libros y no desde la vida, a través de ideas, que no de sentimientos; dicen también que por no valerse de su lengua materna, cuando —según sucede con tantos escritores vascos a quienes se cuelga igual sambenito— consta que no sabía el eúskaro y es notorio que, desde los días de estudiante universitario, su existencia discurrió enteramente en tierras castellanas. Y a nadie se le ocurre decir, como sería justo, que por poeta. No un poeta de los «de la musique avant toute chose» —que eso se le dio siempre un ardite—, sino de aquellos que en los moldes del poema han vertido su vida entera, las luchas de su espíritu. Como Miguel Angel, no menos atormentado ni de más fluente expresión (y no será que el toscanísimo Buonarrotti, hombre por lo demás de rara cultura, no escribiera en su lengua materna).

Poeta. Tal es la dimensión más cierta y viva de Unamuno. Tardío poeta, si la primera entrega es de muy pasados los cuarenta, el «Rosario de sonetos líricos» viene en el año 11, su cima del «Cristo de Velázquez» muy próximos los sesenta, y el «Cancionero» el diario de su alma y acabada expresión y clave de su obra entera es de los ocho últimos años de su vida. Poeta al margen de escuelas, y por eso en vida fue una vertiente que —«Cristo de Velázquez» exceptuado— quedó como abrumada bajo la restante obra, y bajo los excesos de la actuación pública del vasco. Gustando, primero, de la perentoriedad y rigidez del soneto, donde mejor se desarrollaba su agonal dialoguismo, y libre, después, de trabas métricas en aquel su «Cancionero», lo más unamunesco de Unamuno, que póstumamente ratifica a su autor un puesto entre los máximos poetas castellanos. De ayer, de hoy y de mañana.

JUAN RAMON MASOLIVER